

## EL FIN DE LA GUERRA

*María Clemencia Castro*

*"La eterna historia, la eterna novela del Hombre que en la guerra se manifiesta en toda su verdad. Porque, desgraciadamente, nada revela como la guerra. Nada exagera con tal fuerza su belleza y su fealdad, su inteligencia y su estupidez, su bestialidad y su humanidad, su valor y su cobardía, su enigma".*

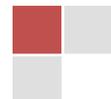
O. Fallaci.

La guerra tal como la define Gaston Bouthoul, uno de sus más destacados estudiosos, es una lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas. Es una forma de violencia que tiene como características esenciales el ser metódica y organizada respecto a los grupos que la hacen y a la forma como la dirigen; está limitada en el tiempo y en el espacio; es sometida a reglas particulares muy variables según lugares y épocas; y por definición es sangrienta, pues cuando no compromete la destrucción de vidas humanas es un conflicto o un intercambio de amenazas.(1)

Con todas sus particularidades la guerra es valorada por los historiadores como aquello que ocupa su puesto en el nacimiento de las civilizaciones. Por su parte Freud nunca pudo convencerse de que la guerra es el "padre de todas las cosas"(2). El psicoanálisis permitirá precisar con el mito freudiano, aquel asesinato del Padre inaugural de la cultura(3) . Un crimen que encontrará su repetición comprometiendo lo real, lo simbólico y lo imaginario, e implicando a uno por uno, en la inscripción de cada sujeto en lo social. Con ese acto mítico queda abierta propiamente la posibilidad de la guerra, como el persistente enfrentamiento entre los hermanos.

En la guerra, como en el mito, hay un acto colectivo; acto que se fragua en el encuentro sostenido de muchos. Más aún, puede decirse que el colectivo es esencial a la guerra. Es preciso recordar que es en lo colectivo donde la violencia pierde su arbitrariedad para instalarse como derecho, como forma colectiva de ejercicio de la violencia. La renuncia a aplicar la fuerza individual como violencia, dice Freud (4), no es renuncia a la violencia. Articulándola al ideal, inscrita y regulada por la Ley, el colectivo se autoriza para hacer Ley, diluyendo la responsabilidad individual. Se procede entonces al doblegamiento de la violencia individual mediante el recurso de transferir el poder a una unidad mayor que se mantiene cohesionada por la ligazón de sentimientos entre sus miembros.

Pero tampoco dentro de una unidad de derecho ha sido posible evitar la tramitación violenta de los conflictos de intereses. Puesto que desde un principio las comunidades



están compuestas por elementos de poder desigual, el derecho se convierte en la expresión de las desiguales relaciones de poder que operan en su interior, evidenciando su arbitrariedad. La historia de la humanidad muestra una incesante serie de conflictos que casi siempre se deciden mediante la confrontación de fuerzas en guerra.

En la guerra, como fenómeno social, el Psicoanálisis habrá de indagar por el sujeto encontrando, como en todo fenómeno de masas, su desvanecimiento, la posibilidad del levantamiento de la represión y la desaparición de la culpabilidad. Subsumido en el colectivo, el sujeto podrá aliviarse del oneroso sentimiento de culpa. Al igual que en la ceguera del amor donde el objeto es puesto en el lugar del ideal del yo, uno puede convertirse en "un criminal sin remordimientos" (5).

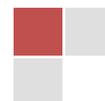
*"El verdadero soldado... no se preocupa de lo que hace, de las consecuencias que sus gestos tendrán en él o en su prójimo, y raras veces se formula preguntas morales: mientras el tren o el avión lo llevan hacia los peligros y las incomodidades y las penas y las infamias que en ella afrontará, sólo piensa que va al encuentro de su liberación. ¡Aleluya! Se han roto las cadenas de la fraternidad social, han quedado atrás las molestias de la familia, se han olvidado los bostezos de hastío, y con ellos las reglas que establecen el bien y el mal." (6)*

Son ésas las condiciones para el despliegue de los excesos, porque la guerra misma es exceso, pasa más allá de cualquier medida, en tanto traspasa los límites de lo ordinario y de lo lícito.

*"... en la guerra... vibras con una vitalidad exasperada. Tus ojos están más atentos... tus sentidos más despiertos, tus pensamientos más lúcidos... puedes analizar en ella a los hombres... comprenderlos como no podrás comprenderlos nunca en un tiempo y en un lugar de paz. Si además eres un cazador, un jugador, te diviertes en ella como no te has divertido ni te divertirás nunca... Porque el atroz juego de la guerra es la caza de las cazas, el desafío de los desafíos, la apuesta de las apuestas. La caza del Hombre, el desafío de la Muerte, la apuesta de la Vida. Excesos que el verdadero soldado necesita." (7)*

La unificación de muchos alrededor del ideal, religioso, político, ideológico, etc., hace posible la identificación. Así, pueden soportarse las penurias, los peligros y riesgos produciéndose el encantamiento destinado a reabsorber las angustias y los miedos de cada uno en la solidaridad del grupo. La identificación con el ideal sostiene el vínculo, a la vez que produce el enaltecimiento del yo; pero también ciega a la diversidad convirtiendo en enemigo al opositor. El ideal justifica...

Para que en un teatro de guerra surja una tropa en marcha se requieren, según Lacan, dos elementos: la presencia de un enemigo que suelde al grupo frente a una amenaza común y un jefe a quien el conocimiento de los hombres permita fijar el margen que pueda dar a sus debilidades y que logre mantener el límite con su autoridad (8). Frente al desborde de la guerra, el jefe es mando y a la vez opera como límite, punto de contención; por lo mismo,



podrá cumplir una función de Ley. Son éstos dos núdulos de identificación ya señalados tempranamente por Freud. Más aún, en ese momento de su trabajo Lacan se ocupará de resaltar la importancia de la identificación horizontal, según él descuidada por Freud en provecho de la identificación con el jefe.

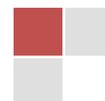
El accionar bélico es un paso al acto, es puesta en acto de la intención agresiva ante lo insoportable de la diferencia. La guerra encuentra su posibilidad para dispensar de la búsqueda de laboriosos compromisos y de equilibrar intereses divergentes. Permite imponer silencio y sumisión. La voz se acalla con el estruendo devastador y con el grito que ensordece. Podría decirse que la guerra, paradójicamente, es un intento por darle fin a las querellas, pues muchas veces se va a la lucha ante el horror a la discusión.

*"Pero la profesión de soldado no consiste sólo en proteger el sueño de la tribu propia... Consiste también en... el aumento de su potencia, la imposición de su fe: cometido que hay que cumplir recordando lo que te han enseñado, es decir que quien no quiere ceder su territorio o renunciar a su fe es un enemigo, que el enemigo es algo que hay que destruir, que destruirlo es derecho y deber de todo soldado, así como un privilegio concedido por la impunidad que el oficio de soldado garantiza." (9)*

Toda relación imaginaria, especular, es una relación de guerra, lucha a muerte por puro prestigio, diría Hegel (10), rivalidad absoluta y mortífera que intenta satisfacerse en el borramiento del otro. Zanzar un conflicto de intereses por la fuerza física pretende llevar a la parte constreñida a deponer su reclamo o su antagonismo a causa del daño recibido o de la paralización de su fuerza. Esto se logra de manera más radical eliminando duraderamente al contrincante, o sea, matándolo. La ventaja, según Freud (11), es impedir que reinicie su oposición y su destino evitará que otros se arriesguen a seguir su ejemplo. Sin embargo, de esto nunca se podrá estar del todo seguro. Hay también otra forma de eliminar, subyugando, doblegando el deseo, es decir, sometiendo el deseo al deseo del otro. "Pero el triunfador tendrá en lo sucesivo que contar con el acechante afán de venganza del vencido y así resignar una parte de la propia seguridad" (12). Es ésta otra faceta de la dialéctica del amo y del esclavo, donde el amo acaba siendo esclavo del esclavo.

Las guerras intestinas, aquellas internas, domésticas, las que también podrán llamarse guerras fraternas, son al decir de Freud, las más despiadadas de todas. Es con los más próximos que la crueldad se despliega con mayor severidad.

La variedad infinita de motivos susceptibles de llevar a la guerra hacen creer que son causas ocasionales o contingentes, o mejor, que solamente son pretextos. Su verdadera función se evidencia en el frecuente retorno a condiciones similares a las anteriores, si no peores. Muchos de los empeños bélicos no aportan sino infortunio; otros intentan la transformación de violencia en derecho como un nuevo orden para saldar las diferencias, iniciándose así un nuevo ciclo.



"La guerra no sirve para nada... no resuelve nada. Nada más acabar una guerra, te das cuenta de que los motivos por los que estalló no han desaparecido o se les han sumado otros nuevos a consecuencia de los cuales estallará otra en la que los antiguos enemigos serán los amigos y los antiguos amigos serán los enemigos."(13)

Habrá entonces que constatar, dice Bouthoul (14), el desmedido papel de la guerra como devorador de energías excesivas, de bienes y hombres excedentes. Es decir, su finalidad remite también a actuar sobre los excesos.

Allí donde los historiadores ubican un nudo y advierten un más allá de los motivos aparentes, el Psicoanálisis sabrá plantear la otra cara del ideal jalonado por el superyo en su función de incitar; seductor, gozante y, a la vez, interdictor. Es claro para Lacan "que no es de una indocilidad demasiado grande de los individuos de donde vendrán los peligros del porvenir humano... los oscuros poderes del *superyo* se coligan con los más cobardes abandonos de la conciencia para llevar a los hombres a una muerte aceptada por las causas menos humanas y todo lo que se presenta como sacrificio no por ello mismo es heroico" (15). La guerra es una ocasión para el goce. Precisamente en la guerra el goce encuentra su resquicio, dando expresión a su carácter inefable.

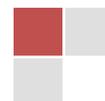
"Hay que verla para entender la atracción venenosa que ejerce sobre el hombre." (16)

En su círculo de encantamiento mortífero, la guerra deja sus marcas: ciudades descombradas y campos arrasados, cuerpos fragmentados, destruidos, huellas imborrables. Se erige sobre héroes y tumbas. Esa es su gloria y también su miseria.

"El verdadero soldado se miente a sí mismo, cuando dice que detesta la guerra. Ama profundamente la guerra. Y no porque sea un hombre particularmente salvaje, sediento de sangre, sino porque ama la vitalidad que (por paradójico que pueda parecer) entraña la guerra. Y, con la vitalidad, el desafío y la apuesta y el misterio de que se alimenta." (17)

"Cuando los hombres son exhortados a la guerra puede que en ellos responda afirmativamente a ese llamado toda una serie de motivos nobles y vulgares, unos de los que se habla en voz alta y otros que se callan", dice Freud. Será difícil, si no imposible, desnudarlos todos.

El placer de agredir o destruir se entrelaza con otros, eróticos e ideales, facilitando su satisfacción. Los motivos ideales, plantea Freud, muchas veces sirven de pretextos a las apetencias destructivas; otras veces parece como si los motivos ideales aportaran "a los motivos destructivos un refuerzo inconsciente"(18).



En todo caso, en el empeño bélico están expuestas mociones conjugadas y contrarias de la vida pulsional, siempre conectadas y aliadas. De ahí la alusión de Freud a la "rosa de los móviles" (19), desplegadas como los 32 rumbos de la rosa de los vientos.

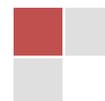
La pulsión de destrucción, en tanto opera hacia el retorno al estado inanimado, merece para Freud el nombre de pulsión de muerte, es insistencia y repetición. Una parte de ella habrá de permanecer activa en el ser humano, signado desde un inicio por la muerte al hacer su ingreso al orden simbólico. Cuando la pulsión de muerte se dirige hacia fuera deviene pulsión de destrucción. Paradójicamente, "la vuelta de las fuerzas pulsionales hacia la destrucción en el mundo exterior aligera, alivia, al ser vivo y no puede menos que ejercer un efecto benéfico sobre él" (20). La pulsión de muerte es la pulsión y por lo mismo es esencial a la vida.

*"¿Acaso no son la Vida y la Muerte las dos caras de la misma cuestión?" (21)*

Cuando Freud se enfrenta en 1932 a la difícil tarea de dar respuesta a una pregunta formulada por Einstein sobre lo que puede hacerse para defender a los hombres de los estragos de la guerra, acaba concluyendo enérgicamente que "no ofrece perspectiva alguna pretender el desarraigo de la inclinación agresiva de los hombres" (22). La posibilidad de la armonía social, el equilibrio y la concordia son sólo una ilusión, una esperanza utópica. "No se trata entonces de eliminar la inclinación a agredir; habrá más bien que intentar desviarla para que no deba encontrar en la guerra su expresión" (23).

La guerra es la exacerbación de las pasiones y, por lo mismo, permite dar expresión a sentimientos intensos y extremos. La ambivalencia, como confluencia del amor y el odio, propia de la relación con el objeto, se sustituye por la radicalidad y polarización de los afectos. La contienda bélica requiere de servidores enconados, convertidos en actores de horror y sufrimiento en conflagraciones sangrientas y devastadoras. En ese sentido no hay guerra "buena", todas son crueles y encarnizadas. Según Freud la guerra "Transgrede todas las restricciones a las que nos vemos obligados en tiempos de paz... arrasa a su paso con furia ciega como si tras de ella no hubiera porvenir... destroza los lazos comunitarios entre los involucrados en el combate y deja como secuelas un encono que por largo tiempo impedirá restablecerlos" (24)

En la confrontación bélica la invitada principal es la muerte. La guerra es también fiesta, es la fiesta de la muerte. Su celebración es su fin. Inevitablemente implica la hazaña que se regodea en el cuerpo. Frente a esto, "la conciencia moral no es un juez insobornable" (25), pues debe recordarse que ésta en su origen no es otra cosa que angustia social. En la conflagración se alteran las regulaciones éticas, se suprime el reproche y a la vez se instiga; es entonces la ocasión privilegiada para que cese la sofocación de las pulsiones y se dé rienda suelta a los actos extremos y a los excesos, y por ende a la epifanía del goce. Son



excesos permitidos y de cierta manera regulados; pero el goce mismo se escapa a toda regulación posible, en tanto es lo más particular al sujeto.

Frente al horror de la propia muerte, para la cual no hay representación en el inconsciente, cada uno es un convencido de su inmortalidad. Pero en la guerra, la muerte ya no se deja desmentir. Es un linde precioso que reúne en un mismo tiempo la vida y la muerte. La vida expuesta a la cercanía de su fin alcanza un sentido pleno, desplegándose la intensidad vital en la aventura y el albur.

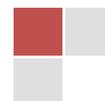
La temporalidad lógica de la guerra es diferente a su tiempo cronológico. Hay tiempos del combate en su efervescencia y su padecer; tiempos precedentes, del adiós y los augurios; tiempos subsiguientes, de la victoria o la derrota, pero siempre de los destrozos y la sangre, tiempo de los muertos. Todos ellos se engloban en un tiempo sin tiempo, en un presente continuo, un momento eterno donde no se articula un pasado y un futuro, es un instante infinito que con extrema agudeza exacerba su perennidad perecedera.

El carácter ominoso de la guerra irrumpe para el sujeto cuando la guerra se hace familiar y comienza a atisbarse como un modo de vida. Cuando se torna cotidiana, próxima e íntima, puede hacerse insoportable porque ella a su vez entraña la muerte, la fragmentación, el horror. Es también lo familiar entrañable que habiendo experimentado una temprana represión, retorna acuciado por la vivencia.

El orden del lenguaje introduce al sujeto en la dimensión del tiempo, abanico que configura la posibilidad de su historia. Paradójicamente, el lenguaje porta la muerte que signa al sujeto en su adscripción a lo simbólico, muerte que constituye la eternización de su deseo. Ante la muerte, más allá del deseo está el goce mortífero en su padecer subjetivo, inflexible y despiadado. La muerte introducida por lo simbólico es el substrato de toda acción humana. Sólo gracias al significante el ser humano puede acceder a su propia muerte, pero el acto de muerte en su emoción y sufrimiento es una aproximación a la muerte sin palabra.

Toda guerra es entonces una "guerra de posiciones", en el sentido del posicionamiento subjetivo que como tal compromete el deseo y el goce. Cuando el ideal flaquea es posible vislumbrar lo descarnado y lo siniestro de la guerra; eso es lo que queda expuesto impidiendo a muchos sostenerse en ella y obligando a dejarla.

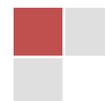
Puede decirse con Freud(26), que la guerra ha puesto al descubierto la vida pulsional en su desnudez, no la de unos pocos como excepción, sino la propia de todo sujeto. Frente al empuje indomeñable de la pulsión de muerte, la guerra implica su reto. Inscrita en el orden simbólico, regulada siempre de alguna manera, en su legalidad y su ilegalidad, la guerra es a la vez exceso, expresando así su carácter paradójico.



En el horizonte de toda guerra está la destrucción y la muerte; ese es su fin, en el sentido de su finalidad y de su final. ¿Podrá el sujeto encontrar otra posibilidad en su retorno a los cauces de la cultura que implican someterse a la palabra?

### Citas

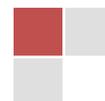
- 1 BOUTHOU, G. *La guerra*. Barcelona; Oikos-Tau, 1971.
- 2 FREUD, S. 16° Conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría. Conferencias de introducción al Psicoanálisis. *Obras Completas*. Tomo XVI. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 224.
- 3 FREUD, S. Tótem y Tabú. *Obras Completa*. Tomo XIII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.
- 4 FREUD, S. ¿Por qué la guerra?. *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.
- 5 FREUD, S. Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 107.
- 6 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, P. 129-130.
- 7 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, p. 128-129.
- 8 LACAN, J. "La psiquiatría inglesa y la guerra". *Uno por Uno*, No. 40, 1994, p. 26.
- 9 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, p. 673.
- 10 KOYEVE, A. *La Dialéctica del Amo y del Esclavo en Hegel*. Buenos Aires; Ed. La Pleyade.
- 11 FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 188.
- 12 *Ibidem*. p. 188.
- 13 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, p. 73-74.
- 14 BOUTHOU, G. *La guerra*. Oikos-Tau; Barcelona, 1971.



- 15 LACAN, J. "La psiquiatría inglesa y la guerra". Uno por Uno. No. 40, 1994, p. 26.
- 16 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, p. 90.
- 17 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, p. 128.
- 18 FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 193.
- 19 Ibidem. p. 194.
- 20 FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo III. Madrid; Biblioteca Nueva, 1973, p. 3212.
- 21 FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 194.
- 22 FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992, p. 22.
- 23 FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 195.
- 24 Ibidem, p. 195.
- 25 FREUD, S. De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras completas*. Tomo XIV. Buenos Aires; Amorrortu, 1976, p. 280.
- 26 Ibidem, p. 282.
- 27 FREUD, S. La transitoriedad. *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

## BIBLIOGRAFIA

- BOUTHOU, G. *La guerra*. Barcelona; Oikos-Tau, 1971.
- FALLACI, O. *Inshallah*. Buenos Aires; Emecé, 1992.



FORRESTE, J. Morir a tiempo: la teoría de la temporalidad en Lacan. En *Seduciones del Psicoanálisis. Freud, Lacan y Derrida*. México; F.C.E., 1995.

FREUD, S. Tótem y tabú. *Obras Completas*. Tomo XIII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. La transitoriedad. *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. Psicoanálisis y psiquiatría. 16° Conferencias de introducción al Psicoanálisis. *Obras Completas*. Tomo XVI. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. Lo ominoso. *Obras Completas*. Tomo XVII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. El malestar en la cultura. *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires; Amorrortu, 1976.

FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo III. Madrid; Biblioteca Nueva, 1973.

FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires; Amorrortu, 1976. Y Tomo III. Madrid; Biblioteca Nueva, 1976.

KEEGAN, J. *Historia de la guerra*. Barcelona: Planeta, 1995.

KOYEVE, A. La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel. Buenos Aires; Ed. La Pleyade.

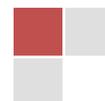
LACAN, J. La familia. Buenos Aires; Homo Sapiens, 1977.

LACAN, J. "La psiquiatría inglesa y la guerra". Uno por uno. No. 40, 1994.

LACAN, J. Función y campo de la palabra. *Escritos I*. México; Siglo XXI, 1984.

LACAN, J. *Seminario 7. La ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.

LACAN, J. *Seminario 17. El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires; Paidós, 1992.



MILMANIENE, J. E. *El goce y la ley*. Buenos Aires; Paidós, 1995.

RAMIREZ, M. E. "Elementos para una psicología de las bandas de sicarios". Medellín, 1994.

RAMIREZ, M. E. "La fiesta: una mirada psicoanalítica". Medellín, 1997.

ZULETA, E. *Sobre la guerra. Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*. Bogotá; Procultura, 1985.

Affectio Societatis

